



Escribo estas notas contra-reloj, estuve en el SIL, siempre he manifestado que no soy persona de estos saraos, como suele decir Alfonso Guerra, pero varias razones me obligaron a ir, el amigo Mariano Fernández (lo positivo de esos lugares es que siempre te encuentran personas de bien, y éste es uno de ellos). Me habló de Piera, no sé donde estaría mi memoria, que por cierto hasta el momento me funciona correctamente, para no saber en aquel instante de quien me hablaba.

Esta mañana y como siempre al salir de mi casa, recojo este diario y en la primera página aparece la nota de tu fallecimiento, es entonces cuando encajo lo anterior con lo posterior.

Alfred, sabes que por las razones con las que he iniciado este escrito, nuestra vinculación no ha sido fructífera en los encuentros, más esto no dista de lo personal, cimentada ésta en los años de nuestros principios y tomando como referencia la Aduana y el muelle, amén de otros acontecimientos, que por aquella época, los había y en demasía.

Te voy a desvelar un detalle que pocos conocen. Mi despacho, tú casa, es un museo de recuerdos, los míos y los que he vivido en este sector en los muchos años que llevo en él. Entre otros muchas hay una fotografía debidamente enmarcada con ocho personas en una cena, en concreto la despedida de D. Francisco Roig, jefe de Exportación de la Aduana, en la misma y a mano derecha, tres personas junto a ti, el amigo Fernández y Canela así como Martínez, que por aquellos años trabajaba en Roqué. Queda pues demostrado que muchos te pueden recordar, pero yo y sin querer ser más que nadie, cada día te tengo presente, como continuaré teniéndote al visionar la fotografía la cual lleva aparejada vivencias y recuerdos, que no se pueden obviar por un tránsito momentáneo cual es la muerte.

Tuyo afectísimo,

Fco. Zaragoza